

Cristo Es Todo — Cristo Revelado en las Escrituras

LA AUTORIDAD DE CRISTO

Basta una Palabra

La autoridad de Cristo y la fe que la reconoce

El centurión no admiró un milagro. Reconoció al Rey.

Índice

Texto Bíblico

Contexto Histórico

Contexto Cultural

Contexto Teológico

Exposición

Cristo Revelado

Referencias Cruzadas

Aplicaciones

Preguntas de Reflexión

Diario Espiritual

Oración

Lectura Complementaria

Texto Bíblico — Mateo 8:5-13

Y entrando Jesús en Capernaum, vino a él un centurión, rogándole: "Señor, mi criado está postrado en casa, paralítico, gravemente atormentado." Y Jesús le dijo: "Yo iré y le sanaré." Respondió el centurión y dijo: "Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará. Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a este: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace." Al oír esto, Jesús se maravilló, y dijo a los que le seguían: "De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe. Os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes." Entonces Jesús dijo al centurión: "Ve, y como creíste, te sea hecho." Y su criado fue sanado en aquella misma hora.

Traducción libre para fines de estudio — confirma con tu versión bíblica preferida

Contexto Histórico

Capernaum, en la orilla norte del mar de Galilea, era una ciudad de guarnición y aduana sobre la Vía Maris, la ruta comercial que unía a Egipto con Mesopotamia. Un centurión allí destacado comandaba, nominalmente, a cien soldados — pero en la Galilea de comienzos del siglo I, bajo el gobierno de Herodes Antipas, ese oficial probablemente no servía en una legión romana propiamente dicha, sino en una fuerza auxiliar entrenada según el modelo romano, al servicio del tetrarca. Aun así, la estructura de mando era genuinamente romana: una cadena rígida de órdenes en la que cada eslabón obedece al eslabón de arriba y es obedecido por el eslabón de abajo. Es exactamente esa arquitectura de autoridad delegada — no la fuerza militar en sí — lo que el centurión traerá al centro del diálogo con Jesús. Él no pide un milagro porque entienda de enfermedades; reconoce una autoridad porque entiende de mando.

Contexto Cultural

Un rabino judío que cruzara el umbral de la casa de un gentil se exponía, a los ojos de la ley ceremonial tal como la interpretaban muchos maestros de la época, a una forma de impureza ritual. El relato paralelo de Lucas 7 muestra a ancianos judíos intercediendo por el centurión ante Jesús, alegando que "ama a nuestra nación, y nos edificó una sinagoga" — un gentil benefactor, pero gentil al fin. Es dentro de esa tensión que la respuesta del centurión cobra peso: interrumpe la propia oferta de Jesús ("Yo iré") para evitarle el bochorno de entrar en una casa gentil. En un mundo romano estructurado en torno al honor y al estatus, donde un centurión ocupaba una posición de autoridad indiscutible sobre sus soldados, su declaración "no soy digno" es radicalmente contracultural. Invierte la jerarquía social esperada: cuanta más autoridad ejerce él mismo, con más claridad percibe que está delante de Alguien cuya autoridad no es de la misma clase — es de una categoría completamente distinta.

Contexto Teológico

Mateo escribe para una comunidad judeocristiana, y todo su evangelio está organizado para responder a una pregunta: ¿quién es Jesús? Los capítulos 5 al 7 (el Sermón del Monte) establecen la autoridad de Cristo como intérprete final de la Ley ("Pero yo os digo..."). El capítulo 8 pasa de la palabra a la acción, en una secuencia deliberada de milagros que demuestran esa misma autoridad sobre dominios cada vez más amplios: sobre la impureza ceremonial (el leproso, 8:1-4), sobre la distancia y el cuerpo de un gentil (el criado del centurión, 8:5-13), sobre la enfermedad dentro de una casa judía (la suegra de Pedro, 8:14-15) y, poco después, sobre la naturaleza misma (el mar embravecido, 8:23-27). El relato del centurión ocupa un lugar estratégico en esa progresión: es la primera señal clara, en Mateo, de que la autoridad de Cristo no conoce frontera étnica — anticipando, ya en el capítulo 8, lo que solo será plenamente declarado en el capítulo 28: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra... haced discípulos a todas las naciones."

Exposición

La escena comienza con una petición común — un oficial extranjero, angustiado, busca ayuda para un criado al borde de la muerte. Jesús responde con disposición inmediata: "Yo iré y le sanaré." Es el centurión, y no Jesús, quien interrumpe ese curso natural de los acontecimientos. Su réplica ("no soy digno... solamente di la palabra") no es un gesto de falsa modestia; es una pieza de razonamiento teológico condensada en dos frases. Explica su lógica con la única categoría que conoce bien: "Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados." El argumento es a fortiori — si un hombre que está *bajo* autoridad consigue mover a otros hombres con una simple palabra, cuánto más Aquel que está en el origen de toda autoridad puede mover la enfermedad, la distancia y el cuerpo mismo del criado con una sola palabra. El centurión no pide un toque, una visita, un rito. Pide una palabra — porque entendió, antes que cualquier discípulo en ese momento, que delante de él está Alguien cuya palabra no describe la realidad: la gobierna.

La reacción de Jesús merece atención redoblada. El verbo griego detrás de "se maravilló" (*ethaumasen*) aparece solo dos veces en los evangelios refiriéndose a una reacción del propio Jesús: aquí, ante la fe de un gentil; y en Marcos 6:6, ante la incredulidad de sus paisanos en Nazaret. Mateo construye, deliberadamente, un contraste: la mayor fe que Jesús encuentra en toda su peregrinación por Israel no está entre el pueblo del pacto, sino en un soldado de un ejército pagano. Por eso la advertencia que sigue — muchos vendrán del oriente y del occidente a la mesa del reino, mientras "los hijos del reino" serán echados fuera — no es una nota lateral, sino el punto mismo de la narración: la pertenencia étnica y religiosa, sin fe que reconozca la autoridad de Cristo, no garantiza lugar alguno en el banquete mesiánico. La sanidad, cuando por fin llega, es casi un anticlímax deliberado: "Ve,

y como creíste, te sea hecho. Y su criado fue sanado en aquella misma hora." Ningún viaje. Ningún toque. Ninguna distancia resiste una palabra dicha por Cristo.

Cristo Revelado

El centro de gravedad de este texto no es la fe notable de un centurión — es la autoridad absoluta de Cristo, revelada precisamente a través de esa fe. Si terminamos la lectura admirando cuánto "creyó bien" el centurión, perdemos el texto entero: su fe es significativa solo porque apunta, con precisión quirúrgica, a quién es Cristo realmente. Él no es el héroe de la escena. Es el único testigo, en ese momento, que vio al héroe correctamente.

¿Y quién es ese Cristo cuya palabra basta? La Escritura ya venía respondiendo esa pregunta mucho antes de Mateo 8. En Génesis 1, Dios habla, y lo que no existía pasa a existir: "Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz" — la palabra divina no describe, crea. Juan 1 revela que esa misma Palabra (el Logos) "era con Dios, y el Verbo era Dios... y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros": Jesús de Nazaret es la Palabra creadora de Génesis 1, ahora vestida de carne humana, comiendo, caminando, escuchando la petición de un centurión. Colosenses 1 declara que "en él fueron creadas todas las cosas... y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten" — Cristo no solo creó el universo; lo sostiene en este instante, incluidas las células del cuerpo de aquel criado enfermo. Hebreos 1 es aún más directo: Cristo "sustenta todas las cosas con la palabra de su poder". La misma palabra que basta para sanar a un paralítico a la distancia es la palabra que mantiene unidos los átomos del cosmos.

Es esa identidad — y no el entusiasmo religioso del centurión — lo que explica por qué una frase basta. Mateo no deja esta revelación atrapada en un episodio aislado: el reconocimiento que comienza, embrionario, en la boca de un gentil en Mateo 8, madura en la confesión de Pedro en Mateo 16 ("Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente") y llega a su declaración plena en la boca del propio Cristo resucitado,

en Mateo 28: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra." El centurión no sabía que estaba anticipando la Gran Comisión; sabía solamente que, delante de aquel hombre, una palabra bastaba. Y la Escritura termina exactamente donde esa autoridad llega a su manifestación final: Apocalipsis 19 muestra a Cristo montado en un caballo blanco, con el nombre "Rey de reyes y Señor de señores" grabado en su vestidura, hiriendo a las naciones con la espada que sale de su boca — una vez más, la palabra como instrumento de dominio absoluto. De la palabra que crea (Génesis 1) a la Palabra que se encarna (Juan 1), de la Palabra que sostiene el universo (Colosenses 1; Hebreos 1) a la palabra reconocida por un soldado gentil (Mateo 8) y confesada por un discípulo (Mateo 16), hasta la Palabra que regresa como Rey conquistador (Apocalipsis 19) — es siempre la misma Persona, siempre la misma autoridad, del principio al fin de las Escrituras. El centurión no inventó nada nuevo. Solo vio, en un destello de fe, lo que toda la Biblia ya venía diciendo: Cristo es digno de confianza absoluta porque a él pertenece autoridad absoluta. Si este estudio termina con que admires la fe de un centurión romano, fracasó. Termina bien solamente cuando cierras la página adorando a Aquel a quien le bastó decir una palabra.

Referencias Cruzadas

Génesis 1:3 — La palabra de Dios crea lo que no existía — el patrón que se repite en Mateo 8.

Juan 1:1-14 — El Verbo que era con Dios y era Dios se hizo carne: la misma Palabra creadora, ahora encarnada.

Colosenses 1:15-17 — En él fueron creadas todas las cosas, y en él subsisten — Cristo sostiene el universo en este instante.

Hebreos 1:1-3 — Cristo sustenta todas las cosas con la palabra de su poder.

Mateo 16:13-18 — La confesión de Pedro madura el reconocimiento embrionario del centurión.

Mateo 28:18-20 — "Toda potestad me es dada" — la declaración plena de lo que el centurión ya intuía.

Apocalipsis 19:11-16 — Cristo, Rey de reyes, hiere a las naciones con la espada que sale de su boca — la palabra como autoridad consumada.

Aplicaciones

La pregunta que este texto plantea no es "¿tienes fe suficiente?", sino "¿en qué, exactamente, está apoyada tu fe?". El centurión no confió en su propia capacidad de creer; confió en la autoridad de Cristo, y esa confianza fue tan sólida que prescindió de pruebas visibles. Esto confronta dos tentaciones opuestas: la de exigir señales antes de confiar en la palabra de Cristo revelada en las Escrituras, y la de tratar la pertenencia religiosa — estar dentro de la iglesia, crecer en un hogar cristiano, conocer la doctrina correcta — como sustituto de una fe real que se apoya personalmente en esa autoridad. Los "hijos del reino" del texto tenían todo el historial correcto y, aun así, quedaron fuera. La aplicación no es "esfuérzate por creer como el centurión", sino "examina sobre qué, en realidad, está apoyada tu confianza cuando la respuesta de Dios a tu oración todavía no ha llegado visiblemente".

Preguntas de Reflexión

1. ¿Qué reveló este texto acerca de Cristo?
2. ¿Qué reveló este texto acerca de mí?
3. ¿Mi vida demuestra que realmente creo en la autoridad de Cristo, o vivo, en la práctica, como si yo gobernara mi propia historia?
4. ¿En qué áreas todavía exijo ver para creer, en lugar de confiar solo en la palabra de Cristo?
5. ¿Qué cambiaría hoy si realmente creyera que Cristo posee toda autoridad en el cielo y en la tierra?

Diario Espiritual

Hoy Dios reveló...

¿Qué aprendí sobre Cristo?

¿Qué necesito entregar al Señor?

¿Cómo me confrontó este texto?

Escribe una oración.

Oración

Señor Jesús, el centurión no necesitó verte entrar en su casa para confiar en tu palabra — y yo, tantas veces, exijo ver antes de creer. Tú eres Aquel por quien todas las cosas fueron hechas y en quien todas las cosas subsisten; una palabra tuya basta. Perdona mi fe pequeña y mi confianza en mis propias categorías de control. Enséñame a decir, como él dijo: solamente di la palabra. Reina sobre cada área de mi historia que todavía insisto en gobernar por mi cuenta. Amén.

Lectura Complementaria

Comentario sobre el Evangelio según Mateo — Juan Calvino

La Santidad de Dios — R. C. Sproul

Conociendo a Dios — J. I. Packer